



UN CONDE
SIN CORAZÓN



NURIA RIVERA



MINSTREL VALLEY

Para encontrar el amor... ¿será necesario convertirse en una dama?

Algunas reglas están para romperlas.

Para retrasar la decisión paterna de un matrimonio concertado, *lady* Rose Mary Lowell ingresa en la Escuela de Señoritas de *lady* Acton, en *Minstrel Valley*, para convertirse en una Dama Selecta y enfrentarse a su destino: un matrimonio sin amor. Allí, su solitaria y triste existencia, se llena de amistad y camaradería; aunque la melancolía que a veces la consume, y una noticia que temía, la lleva a un acto desesperado.

El nuevo conde de *McEwan*, *Richard Bellamy*, se formó como médico porque no iba a heredar un título, pero la muerte de su hermano trastoca sus planes. Si algo tiene claro es que jamás entregará su corazón, sencillamente porque no tiene. La invitación de su tía a visitarla le sirve de excusa para alejarse de esa vida que lo aburre y busca refugiarse en el pueblo donde encontró sosiego tras la muerte de su padre.

La casualidad hace que sea testigo de la acción desolada de una joven y se lance a ayudarla. Conocer a la ninfa a la que salvó acrecentará su deseo y es que desde el momento en que la tuvo entre sus brazos se propuso seducirla y poseerla, sin pensar en el riesgo que eso supondría.

Rose está resignada a su destino, aunque la intensa seducción que le ofrece el nuevo conde de *McEwan* le hará olvidar algunas reglas para ser una dama. ¿Será capaz de no entregar su corazón a alguien que no tiene y casarse con otro?

Índice de contenido

Cubierta

Un conde sin corazón

Introducción a Minstrel Valley

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Epílogo

Nota de autora

Agradecimientos

Sobre la autora

Minstrel Valley es un proyecto novedoso, rompedor y sorprendente. Catorce mujeres que crean una serie de novelas gracias a una minuciosa organización que ha llevado tiempo y esfuerzo, pero que tiene su recompensa materializada en estas quince novelas que vamos a disfrutar a lo largo esta temporada. Esta labor de comunicación entre ellas, el apoyo mutuo, la coordinación y coherencia no hubiese sido posible sin nuestras queridas autoras, que hacen visible que con cariño, tiempo robado a sus momentos de ocio, de descanso y de familia, confianza, paciencia, esmero y talento, todo sea posible. Desde *Selecta* os invitamos a adentraros en *Minstrel Valley* y que disfrutéis, tanto como nosotros, de esta maravillosa serie de regencia.

A mis padres.

*Si no recuerdas la más ligera locura en que el
amor te hizo caer, no has amado.*

W. SHAKESPEARE

*Una dama nunca debe hablar con un caballero
al que no haya sido presentada.*

Reglas de decoro de la Señorita Sherman.
Escuela de Señoritas de lady Acton

Prólogo

Junio de 1834

Kendal House, Mayfair, Londres

Lady Rosemary Lowell solo tenía quince años cuando fue testigo de la fragilidad de la vida. Su madre, que durante la jornada festiva en Kendal House estaba lozana y vital, quizás por su cercano alumbramiento, se había indispuerto de repente al acabar el día y, ella que la acompañaba, había sido apartada de su lado. Llevaba horas a la espera de alguna noticia.

Sus oídos y su mente todavía estaban tiernos para saber algunas cosas, le había dicho Maisie, la doncella, una de las numerosas veces que fue a rogarle que la dejara entrar en la alcoba. Aunque ella no era tonta. De aquello no se hablaba, pero sabía qué ocurría. Había permanecido con *lady* Kendal en sus largas horas enclaustrada en casa, no era decoroso salir en su estado, y había leído libros que quizás no debía, pero que nadie había ocultado en la biblioteca. Un extraño presentimiento la azuzaba y no quería alejarse de los aposentos de la condesa. El revuelo y las carreras de las criadas que entraban y salían le habían permitido no ser vista. Y ella, como un acto de resistencia y rebeldía, había sabido esconderse de las miradas.

En un despiste del servicio se había colado en la habitación y, escondida tras los grandes cortinajes, espiaba la es-

cena, no exenta de angustia. Lo que podía ver y escuchar le provocaba cada vez más desasosiego y temor. Porque nada, absolutamente nada de lo que había leído, la había preparado para lo que contempló. Su madre se debatía entre aspavientos, retortijones y gritos de dolor en las blanquísimas sábanas que empezaban a tintarse de un color oscuro. No era marrón, pero tampoco rojo; sin embargo, la partera fue lo bastante espabilada para decir que aquello no iba bien. Le decía cuándo debía empujar y cuándo detenerse, pero el rostro contraído de su madre mostraba lo extenuada que estaba. Resignada, la mujer le dio unos minutos de sosiego para reponerse. Sin embargo, la tensión se notó en su tono enérgico cuando pidió más agua y lienzos. La vio retirar las telas y cubrir la cama con otras limpias, y con el revoltijo de sudarios salió de la estancia, a la habitación contigua. Fue el momento que aprovechó Rose para abandonar su escondite. No le importó si la descubrían.

—Mi niña... no deberías —murmuró su madre con el rostro contraído cuando la vio.

—Hay que avisar al médico, por favor, madre, deje que traigan al médico —suplicó con la madurez de quien acababa de dejar la niñez.

Lady Kendal no quería un galeno en su habitación, decía que la comadrona era suficiente para hacer aquel trabajo de mujeres.

—Es-espera... —La trémula voz la dejó paralizada, con un gesto cansado le pidió que se acercara.

Rose le besó la frente y cogió su mano, para llevársela al pecho.

Con una mirada cauta, que escondía el miedo de lo que sabía que ocurría, repasó el cuerpo y la cara de su amadísima madre. Un rostro bello, y todavía joven, que estaba perlado de sudor. Con todo el cuidado del que fue capaz tomó un paño y secó su frente.

—Pronto pasará todo, madre. Aguante un poquito más.

Casi ajena a aquellas palabras de ánimo, la mujer que yacía con el camisón pegado a su piel y una sábana que cubría sus piernas, ligeramente abiertas, y que volvían a colorearse, soltó un quejido. Rose apenas se atrevía a mirar a otro lugar que no fueran aquellos ojos vidriosos que la observaban.

—Si-si es un niño qui-quiero que se llame como mi-mi padre: Joseph. No dejes que se parezca a lord Kendal... — Tosió un poco y llenó más de angustia a su hija. No entendía aquellas palabras.

—No hable; reserve la energía.

—No puedo. No-tengo-fuer-zas... A ti, mi niña, voy a dejarte sola. Me ha faltado tiempo para en-enseñarte tantas cosas... —Aquella voz tan querida salía entrecortada. Rose le pidió que no hablara, que no se cansara. Su madre negó con la cabeza con un gesto extenuado y continuó—: Re-recuerda: cuando tengas que casarte no busques solo hacer un buen matrimonio, busca que sea por amor. Pero con un hombre que te quiera a ti más que a tu dinero. El amor de uno no es suficiente.

Lady Kendal debía delirar, pensó Rose; ella había sido testigo de cómo su madre miraba a su esposo, aunque hacía tiempo que había dejado los aposentos del conde; quizás quería descansar de sus deberes maritales y, además, estaba embarazada. Sí, su madre estaba enfebrecida.

—No diga eso madre; padre la adora y, ya verá, tendrá tiempo para enseñarme a ser una señorita; una dama, como usted.

Otro quejido, supuso que su madre pretendió amortiguarlo para no asustarla, aumentó su angustia.

—¡Ayúdenla! Está sufriendo —suplicó a la partera que entraba.

Esta la miró con censura y los ojos crispados.

—¡No puede estar aquí! —exclamó—. Maisie, llévate a esta niña.

En aquel instante, la señora Cranston, el ama de llaves, y Maisie, la doncella de su madre, entraban con una palanquilla, cada una, llena de agua humeante. Hubo mucho revuelo, y pensó que la situación debía ser grave porque hasta la señora Cranston acarrea también jofainas. Tenía que avisar a su padre de que algo malo pasaba. ¿Es que nadie lo había hecho?

Agitada por los nervios, Rose no se dejó sujetar cuando la doncella fue a sacarla de allí y salió disparada; los ojos le picaban por las lágrimas que se negaba a dejar correr. Se dirigió a los aposentos de su padre. Habían tenido una pequeña fiesta, pero hacía mucho que los músicos se habían marchado. Le extrañó oír risas a aquellas horas y por aquel pasillo, alejado del de su madre, pero achacó el ruido al silencio de la noche que aumentaba cualquier sonido. Al llegar a las puertas dobles que separaban las habitaciones del conde las empujó con brío, sin poder controlar ya las lágrimas que le caían por la cara.

—¡Padre! ¡Padre! —gritó limpiándose de un manotazo el agua de sus mejillas—. Madre lo nece...

Se detuvo de golpe en mitad de la amplia estancia. No era posible lo que veían sus ojos. Su padre, su querido padre, estaba en la cama con otra mujer. Se suponía que no debía saber qué hacían, pero había visto alguna vez, en la finca de Kent, a los caballos en la cuadra para entender que la estaba montando.

—¡Márchate de aquí! —bramó lord Kendal.

Antes de girarse, Rose, pudo ver cómo él trataba de cubrir el cuerpo de la mujer y el suyo propio.

Sin mediar palabra, se dio la vuelta sobre sus talones, con una mirada de cólera y odio.

Al llegar de nuevo a la habitación de *lady* Kendal no la dejaron entrar. La señora Cranston y Maisie la retuvieron a la entrada con un restrictivo abrazo. No hizo falta que nadie le dijera qué había ocurrido.

—¡Madre! ¡Madre! —aulló en un grito desesperado, y rompió a llorar desconsolada a la vez que estiraba los brazos, como si así pudiera alcanzarla—. No me deje aquí tan sola.

Trató de zafarse del agarre para llegar hasta la cama. Por la puerta entreabierta podía ver a su madre, con la cabeza ladeada sobre la almohada y la mirada vacía, mientras acunaba entre sus brazos inertes un pequeño bulto arropado con paños ensangrentados.

El ruido del movimiento de las faldas de las mujeres advirtió a Rose de que alguien había llegado. No tuvo ánimo de enfrentarlo. Sin embargo, la voz grave de su padre la hizo llorar más.

—Déjenla.

Corrió hacia el lecho y se arrodilló. Sus brazos no abarcaban todo aquel cuerpo vencido por el cansancio y libre ya de dolor.

—¿Por qué no he sido avisado? —interrogó con tono enfadado.

Ninguna de las sirvientas contestó.

Rose lo oyó acercarse hasta la cama y, de reojo, vio cómo cerraba los ojos de la que había sido su esposa.

—¡Fuera! —gritó al momento—. Y que alguien atienda a *lady Rosemary*.

Rose no quería desprenderse del cuerpo sin vida de su madre, pero unos brazos fuertes, que sabía de quién eran, la arrancaron de él. El beso que notó en el pelo le hizo odiarlo un poco más. Cuando sus ojos se cruzaron quiso abofetearlo; estaba ataviado con su batín y, debajo, ropa de dormir. Se conmovió un segundo, al ver una lágrima que se deslizaba por la mejilla del hombre cuando deshizo el ovillo de trapos que cubría el cuerpecito infantil.

—Era un niño... —dijo en un murmullo; sin embargo, las palabras que siguieron, las gritó—. ¡Fuera! Quiero estar solo.

Rose, conducida de los hombros por la señora Cranston y arrastrando sus escarpines, salió de la habitación. Al echar un último vistazo, desde el umbral de la puerta, vio a lord Kendal, que había ocupado su lugar, arrodillado en el suelo como si rezara una plegaria.

Qué falso era el corazón de los hombres.

* * *

Como cada mañana, desde hacía dos años, Rose se acercó a la capilla familiar y dejó unas flores sobre una lápida que su padre había colocado en honor a su esposa y al niño que nació muerto. Pero allí no estaban sus cuerpos; habían sido enterrados en el cementerio y una estatua de un ángel dignificaba a quien había sido *lady Agnes Lowell*, condesa de Kendal. A ella no le gustaba visitar su tumba, era demasiado doloroso, prefería aquel lugar o cualquier otro que su madre hubiera iluminado con su presencia.

Tras aquellos días de inmenso dolor, lord Kendal y ella se habían distanciado y habían sentado las bases de cómo sería su relación. Rose no le perdonaba su vil comportamiento y, embargada por la pena, lo había culpado de lo ocurrido el día del sepelio. Él, avergonzado y mortificado, había estado días encerrado en el dormitorio de su esposa. Después salió para marcharse lejos, a su hacienda en Kent, sin tenerla en cuenta y dejándola al cuidado de los criados y de una institutriz. Rose había escuchado murmurar que se había enclaustrado a redimir sus culpas. Aquello no la conmovió, porque acrecentó su ira hacia él el hecho de que la hubiera dejado sola. Desde que regresó se dedicó a ignorarlo, aunque él quiso congratularse, pero ella se esmeró en ser rebelde en su presencia y desafiarlo en sus órdenes. Tardó en abandonar las ropas negras, aunque las cambió por un semiluto que su padre aborrecía. Saber que eso lo molestaba la animaba a seguir con él, solo porque eso lo atormentaba.

Las malas lenguas le decían que un día su padre se volvería a casar, y que si no lo había hecho ya era por ella. No era tonta, sabía que su padre ansiaba un heredero, un hijo varón al que dejar su título y su dinero.

Ella como mujer no contaba, no heredaría el título, ni la propiedad; solo algo de dinero que otro se encargaría de administrar. Primero su padre, luego un esposo. Aunque su madre siempre le había dicho que tendría una pequeña fortuna a los veinticinco años, la suya, para que pudiera ser un poco más libre de lo que ella había sido, que tuvo que aceptar casarse con quien su propio padre había decidido, alguien a quien llegó a amar, pero que, por lo visto, nunca le correspondió como hubiera deseado. No, a ella eso no le iba a pasar. Quizás algún día las mujeres podrían elegir, dejarían de pertenecer al padre o al esposo para ser libres.

Aquella fatídica noche en la que se había quedado huérfana de madre, descubrió algunas cosas que hasta entonces no había tenido en cuenta. Lord Kendal no amaba a su esposa. Su madre había pasado a mejor vida y su padre había dejado de ser, para ella, la persona que había sido.

En todo aquel tiempo se había convertido en una joven, una mujer, «una pequeña dama rebelde», como la llamaba con cariño la señora Cranston, al desobedecer una y otra vez el mandato paterno, pero que frente a los extraños se mostraba reservada y cauta y que ocultaba su inteligencia para que los otros no se sintieran amenazados.

Por Kendal House habían pasado varias institutrices; la primera que tuvo había sido gran amiga de su madre y se marchó para casarse, al poco de morir esta; las dos que le siguieron habían durado poco, apenas unos meses; pero la última, una dama venida a menos, llevaba ya un largo año y tenía el inconveniente de que le caía bien. La honorable Elizabeth Bramson, Betty, no le había ocultado su origen noble, pero le rogó que la llamara por su nombre. Le contó que toda la fortuna de su familia habría desaparecido con mayor lentitud en el Támesis que en una mesa de juego,

donde su padre, un barón, la perdió. Le había hablado de fiestas, salones y pretendientes. Algo a lo que un día tendría que acceder y recordaría siempre.

Al entrar en el salón, la mesa de desayuno ya estaba dispuesta, y su padre, sentado a la cabecera, con un periódico en las manos. Ni ella lo saludó ni él levantó la vista del pliego de papel. Sin embargo, cuando Betty Bramson, su institutriz, hizo acto de presencia Rose pudo apreciar cómo él se volvía educado, se levantaba de su asiento y la saludaba con una inclinación de cabeza.

Compartió algunas frases con la señorita Bramson sobre sus tareas ese día, e ignoró a su padre como solía hacer. Había descubierto que retarlo le gustaba, porque en algunas ocasiones él llegaba a perder los nervios y entonces estaba varios días sin verlo. Claro que también había sabido, espionando a los criados, que pasaba ese tiempo en casa de algún amigo. ¿Y si no era cierto? ¿Y si visitaba a aquella mujer con quien lo encontró y se encaprichaba de ella? Había escuchado que había mujeres que volvían locos a los hombres. Las criadas tenían una mente sucia y decían de él que era apuesto y que cualquier dama estaría encantada de calentarle la cama porque era muy viril. Hacía semanas que no había conseguido sacarlo de quicio, que no se iba a ningún lugar, ni siquiera a su hacienda, y pasaba las noches en sus aposentos. ¿Y si compartía ese tiempo con otra?

Bah, ¿qué le importaba?

Cuando consideró que ya había terminado de desayunar se levantó, tenía que prepararse para sus lecciones, pero entonces su padre pareció verla y la detuvo.

—Un momento. Tengo algo importante que comunicarte.

—Ahora no tengo tiempo. —Siguió su camino.

—Como quieras, aunque creo que será mejor que me escuches.

—Puede escribirme una carta —señaló con sarcasmo, dándole la espalda—. No necesito oír su voz.